



“ M A R I A D I S T I N T A ”

por Luz Pozo Garza

EL sobrenombre, de simple aposición, llegó a convertirse en una especie de advocación familiar, en virtud de la costumbre. Pero es que ella apenas parecía emparentada con los de su sangre, ni aún, lo cual suele ser más frecuente, con las otras muchachas. Tal vez era por ello que todos, en casa, la encontraban divertida, extrañamente divertida, como si la leyesen en un cuento o se hubiera aparecido súbitamente en el jardín.

Tantas veces había oído, refiriéndose a ella «distinta», que durante toda su adolescencia no hizo otra cosa sino tratar de convertirse a la colectividad; era un proceso lento, aunque punzante, de vulgarización circular. Y así no vivió su propia vida, era más bien una existencia artificial, como impuesta, como vivida en un espejo. Y es que las cosas eran para María circunstancias. Se quedaba a un lado del tiempo como hubiera podido quedarse en un recodo del camino, bajo un árbol. Las cosas caían a su alrededor, cerca, lejos, envueltas en pequeños círculos indiferentes, nunca comosidos.

Esta niña no crece—decían a su lado—. Y es que su fisiología se estatizaba también, como envuelta en un invisible cristal que impidiese.

Cuando hubo cumplido veinte años comenzó a pensar sobre sí misma y se vio como una pequeña isla, porque la sonrisa de sus amigas, la mano en el hombro, la caricia de los padres, no la tocaban ni aun rozaban su aire, quedaban en otro mundo, arriba, ajenamente, allá en el exterior. Y dentro, cerca de su espíritu, su propio aire, comprimido en la campana de cristal nacida de su íntima indiferencia. Entonces comprendió con horror que no vivía, que casi estaba muerta dentro de su juventud que la envolvía como un traje inservible. Su juventud, esa cosa bella y abstracta que quedaría siempre para todos los que viniesen después aunque ella ya hubiese sentido la muerte física y verdadera.

De esta manera su proceso de conversión a la colectividad ya no era de forma circular, como cuando ella se sentía lugar geométrico del mundo y a la vez descendrada de su unidad. Ahora partía una pequeña corriente hacia el exterior; al principio era un río insignificante, casi un hilillo de atención. Más tarde fue creciendo hasta despertarla a todos los ruidos y a todos los colores. Fue cuando su propio río encontró repercusión y entonces le llegaba una corriente contraria llena de cosas materiales, piedras, personas, canciones de los hombres, ruido de pájaros... Estaba en medio de una corriente osmótica vital que le traía un flujo y reflujo de existencia, de su propia existencia tan ignorada.

Se asomó a la ventana y lloró por primera vez, acaso, en su vida. Y aquella nueva amargura desconocida y cálida empezó a humanizarla, a dar un hálito de sangre a su arcilla.

En la calle la lluvia había dejado pequeños espejos repentinos. Un perro bebía en los charcos y luego caminaba con peque-

ños pasos húmedos y cuádruples como si todo se le debiera a su alrededor; husmeaba las esquinas con osán en busca de algún posible hueso. María lo contemplaba con atención, desde sus bruces, y empezó a sentirse libre como una bestezuela de Dios. Sintió la humedad del ambiente penetrándole la ropa oscura como una mano de líquida caricia y sintió, más que vió, por primera vez las casas de enfrente, centenarias y desvencijadas pero calientes, llenas de vida y de gritos.

Pensó con alegría que se había encontrado, que ya no yacería más a un lado de la existencia imaginando días como jardines colgantes cuando cada momento podía ser, ahora mismo su propio paraíso. ¡Qué gran mentira le habían hecho creer declarando las vidas como sueños intangibles! ¡Qué abominable mentira! Soñar no es vivir sino contrapunto de vida. Es derramar el sabor de todas las frutas, de todas las sangres.

Saltó alegremente a la calle y se despojó de la ropa oscura sobre los charcos. Saludó con la mano a cuantas personas pasaron a su lado y trató de hacer un comentario íntimo sobre el aspecto de los demás. Eso era también parte de su vida, se debía ese inventario exterior de todo lo que le era ajeno y casi propio, porque en ella paraba, en ella recaía, lo existente, como en un circuito necesario.

Había cesado de llorar y ahora los tejados brillaban en el aire como rebanadas de plomo recién cortado entre los árboles cenicientos. Se detuvo y pensó que había nacido por segunda vez. Sentía hambre y esta sensación material, primitiva, junto al deseo de belleza por lo externo y al goce del momento presente, crearon repentinamente la fórmula de su existencia, sus propias coordenadas reales. Le dieron la razón exacta de su volumen, de su peso y también la de su substancia y circunstancia.

Y aquella noche, mientras cenaban, contempló el rostro del padre, las arrugas de cada año, de cada lustro, y pensó que cada una de ellas se produjo con la naturalidad de muchos besos, de muchos roces, de sentir la almohada y la caricia, y la mejilla nueva de la hija y el calor de las cosas y de las calles. Luego, en su alcoba, tocó las paredes; allí habían estado siempre observándola, mirando su “no existir”, renovadas en su color de ocre al aceite pero siempre esenciales. Se sintió feliz de su vertical protección, casi familiar, y corrió las cortinas sobre la ventana, aun abierta a la lluvia. Se descalzó y dejó los zapatos sobre la alfombra. Su isla se había extendido en tierra firme, pisable, con matices, y habitada por vientos y árboles, por piedras y perros y mendigos y canciones viejas y alegrías y deseos. Había vida en aquella tierra ignorada. Tomó una cuartilla de su cuaderno para escribir: «Soy una criatura de Dios como todas. Necesito de la tierra y de los hombres. En mis manos se calienta la sangre que nunca puede ignorarse...»

Luego se inclinó sobre la alfombra para sacudir el polvo de los zapatos.